

INTRODUCCIÓN A DMITRI FURMAN

Dmitri Furman es el académico ruso que más ha estudiado los sistemas políticos de los Estados postsoviéticos. Nacido en Moscú en 1941, estudió historia en la Universidad Estatal de Moscú, especializándose en historia de las religiones; una formación cuyas huellas son todavía evidentes en su obra actual. Después de graduarse a finales de la década de 1960, se centró inicialmente en los conflictos religiosos de finales del Imperio Romano, antes de volver hacia el mundo contemporáneo a finales de la década de 1970. Su libro Religion and Social Conflicts in the USA apareció en ruso en 1981 y en inglés en 1984; en ese momento se encontraba en el Instituto de Estados Unidos y Canadá de la Academia de las Ciencias Soviética.

Como muchos de sus contemporáneos, Furman saludó la perestroika con gran optimismo, pero a medida que el sistema soviético volaba hacia su desaparición, mientras que buena parte de la intelectualidad se embarcaba en una reflexión anticomunista, Furman, con su característica independencia intelectual, rehusó sumarse al oportunismo de Yeltsin y conservó una admiración por Gorbachov que no es frecuente en los círculos liberales. En 1992 pasó un año en la Fundación Gorbachov, antes de regresar a la Academia de las Ciencias donde empezó a trabajar sobre política contemporánea.

Hacia el final de la era soviética, Furman, que había denunciado con urgencia los peligros que surgirían de la desintegración de la URSS, observó lo poco que se sabía realmente en el centro del país sobre las diferentes repúblicas de la Unión. En la siguiente década y media, realiza como editor o autor, una serie de estudios sobre la antigua periferia soviética: colecciones sobre Ucrania (1997), Bielorrusia (1998), Chechenia (1999), Azerbaiyán (2001), los Estados bálticos (2002), una monografía sobre Kazajstán (2004) y docenas de artículos y ensayos sueltos. Continuando con su primera especialización, realizó una serie de trabajos sobre la religión en la Rusia postsoviética en 2000 y 2006, así como una compilación de su periodismo político, Nashi desiati' let (Nuestros últimos diez años, 2001).

Prácticamente solo entre los investigadores políticos rusos por la orientación de sus análisis, Furman ha descrito sus escritos políticos como análisis na begu, «análisis sobre la marcha». Pero como deja claro la entrevista que publicamos, sus observaciones son cualquier cosa menos improvisadas; combinan un amplio conocimiento histórico y geográfico con una considerable atención a las dinámicas sociales subyacentes.

REPÚBLICAS EX SOVIÉTICAS: DEMOCRACIAS DE IMITACIÓN

La penumbra postsoviética

El colapso de la URSS produjo la aparición de 15 Estados: Rusia, Ucrania, Bielorrusia, Moldavia; los tres del Mar Báltico, Estonia, Letonia y Lituania; otros tres transcaucásicos, Georgia, Azerbaiyán y Armenia; y cinco en Asia central, Kazajistán, Uzbekistán, Tayikistán, Kirguistán y Turkmenistán. Si buscamos comprender las trayectorias de estos Estados desde 1991, ¿cuáles son las categorías o agrupaciones que ofrecen mayores ventajas analíticas?

Bajo mi punto de vista, una subdivisión puramente regional no pone de relieve ninguna característica especialmente significativa. En vez de ello, sería mejor clasificar a estos Estados de acuerdo con el tipo de desarrollo político, lo que nos lleva a los siguientes tres agrupamientos. En primer lugar los países en los que en diversas ocasiones, el poder se ha transferido a la oposición por medio de elecciones, a los que podemos considerar de lleno en el camino del desarrollo democrático. Estos son Lituania, Letonia y Estonia, a los que podríamos añadir Moldavia, aunque este último sea un caso más complicado que está desarrollando su propio modelo característico.

En segundo lugar están los países en los que el poder nunca ha sido transferido a la oposición, ni siquiera a nadie que no estuviera propuesto por las propias autoridades. Estos cuatro son Kazajistán y Uzbekistán, gobernados actualmente por Nursultan Nazarbaev e Islam Karimov, ambos antiguos primeros secretarios del Comité Central del PC de sus respectivas repúblicas; Turkmenistán, gobernado por Saparmurat Niyazov, también miembro de la *nomenklatura* soviética, hasta su muerte en 2006 cuando la presidencia pasó a uno de sus camaradas de armas; y Rusia, donde el poder se ha transferido por dos veces, pero a personajes designados por sus predecesores. Estos son los países a los que he calificado de «democracias de imitación», y que se caracterizan por una enorme disparidad entre los principios formales constitucionales y la realidad del gobierno autoritario.

En tercer lugar, en medio de estos dos caminos de desarrollo, el democrático y el autoritario, se encuentran un gran número de países que, por así

decirlo, se mueven entre los dos. Estos siete países son Ucrania y Bielorrusia; los tres transcaucásicos, Georgia, Azerbaiyán y Armenia, y los dos de Asia central, Tayikistán y Kirguistán. Estos países han seguido trayectorias bastante variadas. Ucrania experimentó en 1994 una rotación democrática del poder, desde su primer presidente postsoviético, Leonid Kravchuk al segundo, Leonid Kuchma; éste último realizó un fracasado intento para establecer una «democracia de imitación», que acabó en la «Revolución Naranja» de 2004. Actualmente el sistema democrático va estabilizándose en Ucrania gradualmente y con grandes dificultades. Bielorrusia, por otro lado, actualmente tiene un duro régimen autoritario, pero no ha seguido ese camino desde el principio: el presidente Lukashenko fue elegido democráticamente en 1994 como representante de la oposición.

En Transcaucasia, hubo un periodo inicial de gobierno de antiguos disidentes, seguido por el establecimiento de «democracias de imitación» de diversa dureza. En Georgia el antiguo disidente y filólogo Zviad Gamsakhurdia llegó al poder cuando se cerraba la era soviética, pero fue derrocado a finales de 1992; después de una corta guerra civil, el antiguo primer secretario del Partido Comunista de Georgia, Eduard Shevardnadze, regresó al país para establecer una democracia de imitación. La «Revolución Rosa» de 2004 acabó con ella, pero parece que el hombre que ha llegado a la presidencia, Mikheil Saakashvili está tratando ahora de establecer un régimen similar.

El primer presidente postsoviético de Armenia, el medievalista Levon Ter-Petrosian, fue apartado en 1998 por un golpe militar incruento, y a partir de entonces se estableció una democracia de imitación relativamente débil y suave. En Azerbaiyán, como en Georgia, el primer presidente democráticamente electo, el antiguo disidente Abulfaz Elchibey fue derribado por un golpe en 1993. Se desencadenó una guerra civil seguida del ascenso al poder de Heydar Aliev quien, como antiguo responsable del KGB en Azerbaiyán y posterior primer secretario del partido comunista en la república, es un caso evidentemente análogo al de Shevardnadze. Pero a diferencia de su homólogo georgiano, Aliev fue capaz de establecer un régimen autoritario duradero e incluso de traspasar el poder en 2003 a su hijo Ilham, la primera transferencia cuasi dinástica del poder en el espacio postsoviético.

En cuanto a Asia central, Tayikistán sufrió una larga y sangrienta guerra civil que duró desde 1992 hasta 1997. Emomali Rakhmonov, presidente desde 1994, ha establecido actualmente una democracia de imitación, pero es más suave y está menos consolidada que las de Turkmenistán, Uzbekistán y Kazajistán. En Kirguistán, Askar Akaev asumió el poder en 1990 y también puso en marcha un régimen de este tipo, pero fue derribado en 2005 por otra «revolución de colores», en este caso amarilla, entrando en un periodo de transición de anarquía democrática. Actualmente se está consolidando una nueva democracia de imitación, más severa que la de Akaev, con Kurmanbek Bakiev, que fue primer ministro de Akaev entre 2000 y 2002.

Éste es un panorama muy esquemático de los desarrollos políticos en el periodo postsoviético. Los dos primeros grupos están claramente identificados. El tercer conjunto de países que oscilan entre los dos caminos acabarán finalmente optando por uno de ellos. Me parece que Ucrania se encuentra actualmente de manera sólida en el terreno del desarrollo democrático; Bielorrusia, después de haberse movido inicialmente en el mismo sentido, se encuentra ahora firmemente establecida en el campo autoritario. En Tayikistán, Azerbaiyán y Kirguistán se han establecido regímenes autoritarios relativamente estables. Georgia y Armenia todavía se encuentran en la encrucijada.

Pero, ¿qué es lo que expresa este agrupamiento? ¿Cuáles son los factores subyacentes que han influido en las trayectorias que ha tomado cada uno?

Desde mi punto de vista, el factor más profundo es el religioso-cultural. No es ninguna coincidencia que el primer grupo este formado por países con una tradición religioso-cultural occidental, mayoritariamente luterana y católica, con el idiosincrásico añadido de la tradición ortodoxa moldava. Los países autoritarios del segundo grupo, con la excepción de Rusia, son países musulmanes. La rápida construcción de la democracia después de 1991 en los Estados bálticos está sin duda relacionada con su afiliación religioso-cultural occidental; en los Estados ortodoxos o mayoritariamente ortodoxos (Ucrania, Bielorrusia, Rusia, Moldavia y Georgia), la transición a la democracia fue en comparación más lenta y más conflictiva. La influencia ortodoxa en los sistemas políticos es una cuestión más amplia, merecedora de una discusión aparte, pero es evidente que la Iglesia ortodoxa tuvo un impacto diferente que el luteranismo o el catolicismo, menos favorable a la democratización postsoviética. Similarmente, las razones por las que los procesos democráticos se han encontrado muchos obstáculos en el mundo islámico son complejas y la influencia social del islam es tema de intenso debate; pero los mismos hechos evidentes se aplican tanto en el espacio postsoviético como en el resto del mundo.

Desde luego, las afinidades religioso-culturales son en parte producto de la geografía. La proximidad de los Estados bálticos a Europa occidental fue importante para determinar su inclusión en Occidente. Pero no fue la geografía *per se* la que lo hizo; más bien, fue un proceso histórico que incluye la conquista de Estonia y Letonia en el siglo XIII por los Caballeros Teutones, y la unión de Lituania con Polonia en el siglo XVI.

Lógicamente aunque el factor religioso-cultural es la influencia más importante en la elección de un camino político, no la dicta por completo. Tampoco es el único factor cultural que afecta al desarrollo. Una consideración muy importante, relativamente independiente de la afiliación religioso-cultural, es lo que se podría llamar la «coloración política» de la conciencia nacional. Todos los pueblos tienen ciertos acontecimientos y periodos en su historia de los que se muestran orgullosos, pero éstos va-

rían mucho en su conformación política y estas diferencias tienen efectos contemporáneos perceptibles. Por poner un ejemplo, tanto rusos como ucranianos son esencialmente ortodoxos. Los rusos crearon un Estado imperial y los periodos que más destacan en la conciencia nacional rusa están dominados por autócratas como Pedro el Grande o Iván el Terrible. Los ucranianos, entretanto, durante la mayor parte de su historia han estado subordinados a otras naciones, pero pueden mirar al final del periodo medieval para encontrar un inestable Estado propio, el periodo semi-anárquico, semidemocrático, del Atamanato cosaco del siglo xvii. Las diferencias entre los distintos desarrollos políticos postsoviéticos de Rusia y Ucrania vienen condicionadas en parte por esta diferencia de coloración política de la conciencia nacional.

Otro ejemplo sería la disparidad entre la conciencia nacional de los uzbekos, cuyo orgullo nacional se orienta hacia la era de Timur, el conquistador de gran parte del Asia central y occidental en el siglo xiv, y de los kazajos y kirguises. Estos dos últimos fueron pueblos nómadas que no crearon Estados poderosos; su orden social se ha descrito como «democracia nómada», ya que confiere una débil autoridad al *khan* elegido, normalmente del linaje Chingizid que se proclamaba descendiente del gran dirigente mongol. Se podrían poner más ejemplos de esta clase. También hay otros factores culturales que han ejercido una fuerte influencia sobre los desarrollos postsoviéticos. Por ejemplo, el diverso grado de homogeneidad cultural —en Ucrania hay diferencias regionales muy grandes, en Rusia no— o de la proximidad lingüística y cultural a Rusia, que afectaba al estatus de los diversos pueblos del imperio ruso y al alcance de su consiguiente rusificación.

¿Qué decir de las estructuras sociales tradicionales?

Sin duda las lealtades tribales y de otra índole juegan un papel. De nuevo, hay grandes variaciones entre los Estados postsoviéticos; algunas sociedades tenían estructuras tribales y otras no. Azerbaiyán por ejemplo no tiene tribus, tampoco Tayikistán, donde las identidades regionales tienen un gran peso. En Kazajistán la sociedad es, sin embargo, diferente: tradicionalmente estaba dividida en tres *juz* (hordas), conocidas respectivamente por la Grande, la Mediana y la Menor, cada una dividida a su vez en un cierto número de tribus. Los propios kazajos dirán que ese tema ha sido exagerado por los extranjeros, pero cualquier kazajo conoce la procedencia tribal de los que trabajan con él, de los amigos y de los vecinos. Sin embargo, es difícil decir con mucha precisión cuál es la influencia de las estructuras tribales en la actualidad, el grado en que se han transformado por la presión social o económica permanece poco claro. Este es un campo de investigación rico y todavía en gran medida inexplorado; los estudiosos se han limitado hasta ahora a la descripción etnográfica de estos sistemas más que al análisis de sus implicaciones políticas. Parece, sin embargo, que las tribus no obstaculizan necesariamente el proceso de democratización, incluso podrían apoyarlo al proporcionar una base de

resistencia a la imposición de un gobierno autoritario. Los partidos políticos pueden destruirse o ilegalizarse, las tribus no.

Los factores que he mencionado pueden influir en la trayectoria de una sociedad en concreto, acelerando o retrasando los desarrollos políticos, dándoles diversas formas, pero no determinan la dirección del propio desarrollo político. Desde mi punto de vista para Uzbekistán es más difícil convertirse en una democracia que para Rusia, para Rusia más difícil que para Ucrania y así sucesivamente, pero eso no significa en absoluto que Uzbekistán y Rusia no puedan convertirse en democracias. Cuando anteriormente hablaba de la elección de los caminos postsoviéticos, me refería específicamente a esta fase histórica. En un análisis final, los sistemas autoritarios son meras etapas de un sendero que estoy convencido que conduce a la democracia.

Además, aunque el pasado explica muchas cosas, no lo explica todo. Los factores contemporáneos, como los de la personalidad, también son muy significativos. Por poner un ejemplo, la cultura bielorrusa, tal y como la veo, proporciona una base mucho mejor para construir un orden democrático moderno que la cultura rusa: no hay ningún «complejo imperial» y en el oeste del país permanecen ciertas memorias sociales del Estado medieval lituano y de la unión con Polonia, una sociedad más liberal que la Unión Soviética. Pero Bielorrusia en la actualidad tiene un régimen muy autoritario, más duro que el de Moscú. Factores puramente personales juegan claramente un papel aquí, en este caso, la fuerte personalidad del presidente bielorruso Lukashenko.

La antigua Unión Soviética ocupó de hecho el territorio del antiguo Imperio ruso, que había conquistado a los pueblos que lo rodeaban en un proceso gradual que empezó con la toma de Kazan en 1552 por Iván el Terrible. La gran extensión siberiana cayó relativamente rápido, pero otras anexiones fueron más lentas; la actual Ucrania, Bielorrusia y Moldavia fueron anexionadas por partes durante los siglos xvii y xviii; el Transcáucaso y las estepas del norte de lo que ahora es Kazajistán, fueron tomadas en la primera mitad del siglo xix, el resto de Asia central en la segunda mitad, aunque un puñado de kazajos permanecieron técnicamente independientes incluso hasta la Revolución de 1917. ¿Influyó el método y la velocidad de las incorporaciones al Imperio en el posterior desarrollo de estos territorios? ¿Cómo se puede describir al Imperio del Zar en relación al resto de imperios coloniales?

Yo haría más hincapié en el periodo de incorporación y el nivel de desarrollo político de los pueblos en cuestión. Los polacos, por ejemplo, poseían un Estado moderno cuando fueron sometidos y por ello no podían ser simplemente asimilados, mientras que las diversas *ethnies* siberianas no tenían semejantes estructuras políticas o semejantes legados culturales. Pero en cualquier caso, creo que el término «colonialismo» no es adecua-

do para el imperio zarista, de la misma manera que no se aplica realmente a los Imperios otomano y austro-húngaro. Desde mi punto de vista, las colonias están claramente separadas de la metrópolis tanto en términos espaciales como jurídico-administrativos. El Imperio ruso se diferenciaba claramente de las potencias europeas y otomana por la presencia en él de un fuerte núcleo demográfico de la «nacionalidad principal». Había un poderoso centro ruso rodeado de una periferia mezclada, habitada por el más diverso abanico de culturas. El centro gradualmente se consolidaba a sí mismo y se expandía, conduciendo a un proceso intensivo de asentamiento ruso en la periferia. Al mismo tiempo que se producía una gradual rusificación de las poblaciones minoritarias.

En comparación con el Imperio ruso, ¿cómo era el sistema soviético?

Los bolcheviques crearon un sistema muy contradictorio pero flexible. La unión que se formó en 1922 era, por un lado, herencia del Imperio ruso, donde los rusos eran oficialmente los «hermanos mayores»; por el otro, era una unión formalmente igualitaria de pueblos y repúblicas, el aspecto imperial quedaba camuflado por la ideología comunista. Rusia seguía ocupando claramente una posición especial. A partir de Stalin, la URSS dejó de considerarse como la semilla de una futura sociedad comunista mundial, para pasar a ser un nuevo avatar del Imperio ruso. A diferencia de las otras repúblicas, Rusia no tenía su propio comité central, su propia Academia de las Ciencias etc., porque estaba tácitamente asumido que el comité central de toda la Unión y la Academia soviética eran esencialmente rusas. Para los rusos, la URSS era «su Estado» en mucha mayor medida de lo que lo era para las demás nacionalidades.

Los asentamientos rusos en la periferia continuaron hasta el punto de que en 1989, por ejemplo, los rusos formaban el 38 por 100 de la población de Kazajistán. También había un tremendo grado de rusificación cultural y lingüística, aunque gran parte de ella se produjo de forma voluntaria y estaba a menudo relacionada con las posibilidades de ascenso económico y social. De hecho, se produjeron dos procesos paralelos y opuestos en el periodo soviético: junto a una considerable rusificación, hubo una consolidación de la conciencia nacional, ya que la URSS promovía las culturas de los pueblos no rusos por medio de las estructuras formales de la unión. En algunos casos, el periodo soviético creó las propias naciones: en Asia central, por ejemplo, los bolcheviques formaron Estados de acuerdo con categorías etnolingüísticas que ellos mismos habían creado, creando de hecho identidades que más tarde tomarían cuerpo, de manera similar a los mapas que trazaba el Imperio británico de India en el siglo XIX. Por ejemplo, que la mayoría de los bielorrusos hablen ruso más que bielorruso da testimonio del alcance de la rusificación; pero el hecho de que se consideren bielorrusos habla de la dinámica de «construcción nacional» realizada por el sistema soviético, ya que en 1917 apenas se hubieran considerado como tales.

Hacia el final del periodo soviético, la consolidación de la conciencia nacional inevitablemente condujo a un auge de los sentimientos nacionalistas. En ese momento, el balance de las fuerzas étnicas, por así decirlo, había empezado a cambiar. El índice de natalidad de los rusos cayó bruscamente y con él su expansión demográfica por la periferia; el crecimiento de la población entre los pueblos de Asia central continuaba siendo muy elevado, de forma que empezó un proceso inverso de expansión demográfica de los pueblos de Asia en el interior de Rusia.

¿Qué se puede decir del funcionamiento real del dominio comunista? ¿Cómo variaba a lo largo de la Unión Soviética y cómo debería ser periodificado?

El sistema comunista se desarrolló en general de la misma manera en todas partes, y en consecuencia atraviesa los mismos periodos en toda la URSS; donde quiera que estuvieses, el estalinismo era el estalinismo. Había una estructura institucional formal común y una única ideología, pero ambas se aplicaban sobre pueblos muy diferentes, con distinta cultura y distinto pasado. Esa diversidad real se abrió camino hasta la superficie, formando un cuadro abigarrado pintarrajeado encima de la monocroma pintura roja. Formalmente, los partidos comunistas de Estonia y Turkmenistán tenían la misma estructura; pero las vidas de las dirigentes de los comités del partido en las dos repúblicas, condicionadas por las tradiciones locales y las prácticas informales, no eran del todo iguales. Formalmente, Moscú tenía el mismo grado de control sobre todas las repúblicas, pero en la práctica ese control variaba mucho tanto en su grado como en su forma.

Desde luego la URSS no era el Estado federal que proclamaba su constitución, pero tampoco era tan unitario como a menudo se ha supuesto. Las repúblicas del Báltico, por ejemplo, tenían mayor «permisividad» que otras, y la vida allí era significativamente más libre que en Rusia o en Ucrania. Por otra parte, en Asia central y el Transcáucaso no había ninguna clase de «liberalismo» ideológico, sino el despotismo de hecho, al mismo tiempo que Moscú conocía poco y entendía menos sobre su vida interna. Estos países fueron de hecho sistemas cerrados que vivían sus propias vidas separadas. Los dirigentes del PC en Asia central solamente tenían que aparecer en Moscú llevando regalos y proclamando las consignas correctas, y con ello se les dejaba en paz. La excepción más notable se produjo en 1986, cuando Gorbachov destituyó al dirigente del PC de Kazajistán, Dinmukhammed Kunaev, provocando revueltas en las calles de Almaty. Ésta fue la primera manifestación seria del sentimiento nacionalista en la URSS bajo la *perestroika*, y tuvo un papel mucho mayor en la desintegración del orden soviético de lo que generalmente se reconoce.

La desintegración de la URSS se produjo de formas muy variadas; mientras los Estados del Báltico declararon su independencia a principios de

la década de 1990, otros solamente lo hicieron cuando la Unión Soviética había sido formalmente disuelta por los Acuerdos de Belovezha. ¿Cómo explicarías estas variaciones de la «velocidad de escape»?

Por razones evidentes, los más preparados para abandonar la Unión eran los Estados bálticos, que solamente llevaban incorporados a la URSS desde 1940. El menos preparado probablemente era Bielorrusia, que tenía una conciencia nacional muy débil y estaba muy rusificado. Pero el principal factor fue la debilidad de las posiciones contrarias a la disolución de la URSS en el centro ruso. Por mucho que los pueblos del Báltico hubieran luchado para abandonar la unión, si hubiera habido una oposición coordinada rusa, la URSS se podría haber mantenido intacta hasta hoy día (aunque por supuesto no para siempre). Por ello, el movimiento democrático ruso realizó una contribución básica al colapso de la Unión Soviética. Las motivaciones ideológicas de este movimiento amorfo fueron complejas: una pequeña minoría buscaba rechazar el imperio, mientras que muchos pensaban que con el sistema soviético los rusos estaban siendo «explotados» por la periferia, y que sus vidas mejorarían si la URSS se desplomaba; en cualquier caso, las repúblicas no rusas no iban a irse a muy lejos. La independencia de los Estados no se entendía como real, y la Comunidad de Estados Independientes que se creó en Belovezha se presentó como una versión revisada de la misma unión centrada en torno a Rusia, cuya primera forma había sido el Imperio ruso y la segunda la URSS.

¿Qué impacto global tuvo la experiencia soviética en las trayectorias de los Estados sucesores?

Eso no es fácil de calcular. Después de 1991 la gran diversidad de resultados sugiere que los factores subyacentes tuvieron más peso. Sin embargo en algunos casos, parece haber contribuido a preparar el camino para la democracia. Antes de su absorción por la URSS, los Estados bálticos habían estado gobernados por regímenes más o menos fascistas: Lituania durante diez años, a partir de 1926, Estonia y Letonia desde 1934 hasta 1940. Después de la caída de la Unión Soviética, la historia había cambiado. Igualmente, el periodo de la independencia de Ucrania en 1917 fue un caos absoluto, pero después de 1991 también formó un Estado democrático moderno. Bajo el gobierno soviético en todas partes de la unión se formaron sociedades modernas, que finalmente eran la base de Estados viables. De hecho la URSS proporcionó por adelantado las estructuras para esta forma de Estado, formas que solamente tenían que llenarse de contenido real. Todas las repúblicas nacionales tenían «parlamentos», consejos de ministros, academias de la ciencia, etc., y las fronteras entre las repúblicas estaban claramente definidas. La ideología comunista que había mantenido unida a la Unión Soviética podía haber muerto, pero la categoría formal del Estado en las partes constituyentes de la URSS colapsó en un proceso relativamente poco sangriento.

Sin embargo, las consecuencias económicas y sociales de la caída de la URSS fueron terribles, llevando a millones de personas al repentino empobrecimiento y al desempleo, provocando el colapso económico y monetario y diversas guerras civiles. ¿Cómo describirías el resultado final político de estos traumáticos cambios?

En casi todas partes, el advenimiento de la democracia trajo la anarquía, y en algunos casos incluso llegaron al poder elementos criminales: en Georgia los señores de la guerra Tengiz Kitovani y Jaba Ioseliani, en Azerbaiyán Suret Huseinov y en Tayikistán Sangak Safarov. En la mayoría de los países pronto hubo una fuerte reacción pidiendo orden. La ideología comunista ahora era demasiado débil para proporcionarlo y solamente en Moldavia los horrores de la «transición» llevaron de vuelta a los comunistas al poder después de las elecciones de 2001. Por lo demás, no surgió ninguna ideología antidemocrática o antimercado, y la reacción tomó forma en los esfuerzos para fortalecer el poder de los presidentes. Estas figuras, elegidas por sufragio popular, tomaron sus distancias respecto a una democracia que había generado situaciones caóticas, pero no la negaron ideológicamente, y en vez de ello optaron por conservar sus formas mientras la mutilaban. De este modo, con la excepción de los Estados bálticos, las democracias de imitación se establecieron por todo el espacio postsoviético.

¿Cuáles son las características principales de la «democracia de imitación» y cuales han sido las principales etapas de su desarrollo desde 1991?

El rasgo característico de este modelo es la combinación de formas constitucionales democráticas con una realidad de gobierno autoritario. Estos sistemas surgen cuando las condiciones de una sociedad determinada no están maduras para la democracia y sin embargo no hay otra alternativa ideológica. En el mundo contemporáneo no hay, en términos prácticos, alternativas ideológicas. Estos regímenes se ven obligados por ello a imitar la democracia. El modelo no se aplica solamente a los Estados postsoviéticos, también es característico del mundo poscolonial; los regímenes de Suharto en Indonesia o de Sadat y Mubarak en Egipto no son, en principio, diferentes a los de los Aliev en Azerbaiyán o Nazarbaev en Kazajistán. Quiero recalcar que las democracias de imitación no son simplemente formas de transición, sino que son sistemas distintos, que funcionan y se desarrollan de acuerdo con su propia lógica. Vistos dentro de un marco temporal más extenso son de transición, por supuesto, pero desde ese punto de vista también se podría decir lo mismo del poder soviético.

Dado que los Estados sucesores del régimen soviético compartían el mismo punto de partida institucional, las primeras etapas de su desarrollo tienen mucho en común. Por todo el espacio postsoviético hubo una oleada de conflictos entre presidentes y parlamentos, muchos de ellos elegidos por sufragio popular justamente antes del colapso soviético. Las formas

del conflicto variaban, pero la esencia era la misma. Por ejemplo, la disolución del parlamento que realiza Yeltsin en 1993 tomó una forma violenta y sangrienta, con los tanques ocupando las calles de Moscú y disparos sobre el edificio del Soviet Supremo. En otras partes, el conflicto fue más suave. Nazarbaev era un político más flexible que Yeltsin y no hubo derramamientos de sangre aunque disolvió por dos veces el parlamento en 1993 y 1995. Hubo conflictos similares en Kirguistán en 1995 y en Bielorrusia en 1996.

También empezaron en todas partes los intentos de manipular el proceso electoral; desde la inhabilitación de partidos peligrosos al fraude electoral completo. También hubo una cadena de nuevas constituciones, que establecían un fuerte poder presidencial y limitaban las prerrogativas del parlamento. Rusia adoptó una nueva Constitución en 1993, como lo hicieron Kazajistán y Kirguistán; Bielorrusia siguió en 1994, Armenia, Azerbaiyán y Georgia en 1995, y Ucrania en 1996. La impugnación del presidente se hizo imposible tanto en teoría como en la práctica, y el puesto de vicepresidente desapareció; sólo una persona podía ser «elegida popularmente». Sin embargo, aunque para los dirigentes postsoviéticos las nuevas constituciones resultaban más agradables que las anteriores, para los dirigentes autoritarios cualquier clase de Constitución es un inconveniente, por ello incluso los nuevos textos han sido frecuentemente enmendados y todavía con mayor frecuencia violados.

Inicialmente, los presidentes postsoviéticos habían sido primeros entre iguales, ya fuera que procedieran de la disidencia, como Elchibey y Gamsajurdia, o de la *nomenklatura* soviética. Pero pronto comenzaron a marginar a sus antiguos compañeros de armas, y en todas partes los conflictos en la cumbre del poder se desataron sobre líneas similares. Fueron confrontaciones entre presidente y vicepresidente, en Rusia Yeltsin *versus* Aleksandr Rutskoi, en Uzbekistán Karimov *versus* Shukrullo Mirsaidov, en Kirguistán Akaev *versus* Feliks Kulov, en Kazajistán Nazarbaev *versus* Erik Asanbaev; así como entre presidentes y portavoces del parlamento, Yeltsin *versus* Ruslan Khasbulatov, Nazarbaev *versus* Serikbolsyn Abdildin; en Azerbaiyán, Aliev *versus* Rasim Kuliev. Los presidentes ganaron en todas partes excepto en Moldavia, donde el presidente electo Mircea Snegur fue derrotado en las elecciones presidenciales de 1996 por el portavoz del parlamento, Petru Lucinschi.

En todas partes la privatización se convirtió en un medio de consolidar el poder presidencial; los dirigentes designaban de hecho a millonarios que pasarían a depender de ellos. Los procesos a través de los que se crearon las elites postsoviéticas resultan turbios y complejos, y se han estudiado poco. Pero es significativo que las posiciones clave no fueron asumidas por la antigua *nomenklatura*, sino por el contrario por figuras más marginales. Esto es algo que comprendí más claramente respecto a Rusia a partir de mi propio trabajo en Kazajistán. A principios de la década de 1990, Nazarbaev proporcionaba lucrativos contratos petrolíferos y ofrecía empre-

sas de propiedad estatal a kazajos de diferentes etnias, algunos eran judíos y otros representaban a compañías extranjeras. Los objetivos eran, en primer lugar, evitar que cualquier kazajo pudiera adquirir suficiente riqueza y poder para suponer un desafío, y en segundo lugar impedir el enriquecimiento de un clan por encima de los otros. Una vez que Nazarbaev hubo consolidado su poder, un puñado de kazajos fueron autorizados a enriquecerse ellos mismos.

En Rusia, una lógica similar puede explicar por qué Yeltsin permitió la aparición de tantos oligarcas judíos, seis de los siete banqueros más ricos, por ejemplo. Desde su punto de vista era mucho mejor que los Berezovsky y Abramovich se volvieran tan colosalmente ricos, a que lo hiciera una figura étnicamente rusa; como espectadores relativos de la vida nacional rusa, no podrían movilizar a las masas y más tarde, si fuera necesario, se los podría quitar de en medio con relativa facilidad. En realidad cuando los oligarcas rusos amenazaron con escapar al control presidencial, rápidamente se les hizo volver a la vereda mediante la intervención de Putin. Los casos de Gusinsky y Khodorkovsky son bien conocidos. Pero incluso antes, una suerte parecida habían corrido los oligarcas kazajos Galymzhan Zhakiyanov y Mukhtar Ablyazov.

Las similitudes son sorprendentes, pero ¿cómo se relacionan estos aspectos?

Un problema surge del otro. La preocupación principal es garantizar el poder del presidente y asegurar que no haya alternativa. Pero para que este sea el caso, se necesita que no haya alternativas tampoco en el parlamento, y de aquí viene la necesidad de partidos presidenciales como, por ejemplo, Rusia Unida, el Partido Otan de Kazajistán, el Yeni de Azerbaiyán, el Partido Democrático Popular de Tayikistán. Estos partidos carecen por completo de vida, son creaciones artificiales completamente diferentes a partidos en el poder como el PC chino o el PRI mexicano, que llegaron al poder por medio de auténticas revoluciones sociales. Para asegurar su éxito, los dirigentes de las democracias de imitación necesitan controlar las elecciones, para eso necesitan controlar estrechamente a los medios de comunicación y así sucesivamente. El asesinato de opositores se convierte en una característica de la vida política: periodistas como Anna Politkovskaya en Rusia o Georgi Gongadze en Ucrania, los políticos Zamanbek Nurkadilov y Altynbek Sarsenbaev en Kazajistán.

¿A dónde conduce todo esto? Al final, a la crisis y al colapso. El aumento del control sobre la sociedad significa la atrofia de los «mecanismos de realimentación». Una vez que las elecciones se convierten en pura ficción y los medios de comunicación se mantienen a raya, las autoridades pierden cualquier sentido de lo que sucede en el país. El aumento del control conduce «dialécticamente» a la pérdida del control. La calidad de las elites se deteriora debido a la promoción sistemática de los más débiles y serviles. La corrupción alcanza proporciones monstruosas. La legítimi-

dad desaparece ya que no hay una alternativa ideológica y la misma democracia se convierte en una ficción cada vez más evidente. Además, a medida que se desarrollan las sociedades, las bases psicológicas de la democracia de imitación quedan erosionadas. Lo que en 1991 parecía una libertad increíble, por ejemplo poder viajar a través del océano, se ha convertido ahora en la norma, y se vuelve cada vez más difícil para las nuevas generaciones sentirse satisfechas con una democracia de imitación.

¿Cómo caen estos regímenes?

En el espacio postsoviético ha habido tres episodios de esa clase: en Ucrania y Georgia en 2004 y en Kirguistán en 2005. En los tres, los acontecimientos se produjeron siguiendo el mismo esquema. Las «revoluciones de colores» coincidieron con elecciones, el momento en que la contradicción entre las formas y la realidad de la democracia de imitación se hace más evidente. Los resultados son falsificados, y la oposición se niega a reconocerlos. Hay que señalar que aquí la oposición apela a la Constitución, en contra de las autoridades que están desobedeciéndola. Surge una confrontación en la que la oposición, al estar apelando a la ley, trata de abstenerse de la violencia. Si puede movilizar el suficiente apoyo de las masas, si puede garantizar la seguridad personal de los que están en el poder, y uno podría añadir un cierto número de otras condiciones, entonces las autoridades se rinden. Pero esto no sucede siempre: por cada una de las «revoluciones de colores» que han tenido éxito, hay varias que han fracasado. Mientras triunfaron en Ucrania, Georgia y Kirguistán, revoluciones del mismo tipo fracasaron en Armenia, Azerbaiyán y Bielorrusia entre 2005 y 2006, con otro fracaso posterior en Armenia en 2008.

He señalado anteriormente que la democracia de imitación no es un fenómeno exclusivamente postsoviético; por la misma razón, tampoco lo son las «revoluciones de colores». Otro ejemplo del fenómeno se produjo en Serbia en 2000. Los acontecimientos se desarrollaron de acuerdo con modelos similares, con modificaciones africanas, en Kenia y más recientemente en Zimbabue. Un punto que merece la pena resaltar es que las «revoluciones de colores» son posibles sólo bajo regímenes relativamente suaves, donde hay una oposición legal y donde las elecciones pueden ser falsificadas, pero por lo menos tienen algún significado. En países como Turkmenistán y Uzbekistán no hay una oposición legal y las elecciones se han reducido a un mero ritual. Estos regímenes pueden ser más duraderos, pero su fin será evidentemente más duro, con más características de una revolución clásica. En estos casos, el fin se produce inesperadamente y tiene un resultado impredecible. En el espacio postsoviético el prototipo de esta clase de revuelta son los acontecimientos de Andijan, en Uzbekistán, en mayo de 2005, donde las protestas surgieron sin ninguna relación con el calendario electoral y fueron completamente inesperadas para las autoridades; la causa aparente fue el juicio de un grupo de industriales locales miembros de una organización islámica. Las manifestaciones en Andijan fueron bru-

talmente reprimidas y varios cientos de personas murieron. Pero si el descontento se hubiera extendido a otras ciudades y si las tropas del gobierno se hubieran negado a disparar, podría fácilmente haberse convertido en una revolución «normal», victoriosa, más cerca del modelo de la revolución islámica iraní que del modelo «de colores».

Pero al margen del tipo de revolución que se produzca contra una democracia de imitación, no conduce necesariamente a la democracia real. Si la sociedad en cuestión no ha alcanzado el nivel requerido de desarrollo político, entonces, después de un periodo de anarquía se forma un nuevo régimen, análogo al anterior pero quizá con una coloración ideológica ligeramente diferente. Varios países han experimentado esta clase de movimiento circular: a mi modo de ver, Nigeria, Pakistán y un montón de países de América Latina. Kirguistán actualmente se encuentra precisamente en ese ciclo.

¿Se podría decir que Ucrania y Georgia, después de sus revoluciones de colores han abandonado este ciclo?

Ucrania sí lo ha hecho. Sin importar quién resulte ganador en la actual lucha por el poder, se han establecido las «reglas del juego» básicas. En Georgia todo es más complicado. Para que el país se mueva hacia un camino democrático, necesita por lo menos celebrar unas elecciones limpias y tener una rotación democrática del poder. Pero las elecciones en Georgia, como las de mayo de 2008, son considerablemente menos libres y democráticas que en Ucrania.

¿Cómo explicas el anómalo lugar de Moldavia en el esquema que propone?

La trayectoria de Moldavia ha sido muy diferente. Es el único país post-soviético donde la reacción a la revolución anticomunista de 1989-1991 devolvió el poder a los comunistas; no a los comunistas repintados de demócratas, esos están en el poder en todas partes, sino a los de verdad. Al mismo tiempo, está más cerca de la democracia estable que todos los otros países postsoviéticos, excepto los Estados bálticos y Ucrania. ¿Cómo sucedió esto? La sociedad moldava esta profundamente dividida sobre la cuestión de la autoidentificación nacional: quienes son los moldavos, ¿rumanos o un pueblo separado? Lo que actualmente se llama Moldavia fue anteriormente parte de un principado vasallo del Imperio otomano, desgarrado del resto del histórico principado de Moldavia como resultado de la guerra ruso-turca de 1806-1812; a partir de entonces, como Besarabia, formó parte del Imperio ruso y su población, eminentemente campesina, se desarrolló de manera muy diferente a la del otro lado de la frontera.

A finales de la década de 1980, surgieron movimientos que reclamaban la «reunificación» con Rumania, y en los años siguientes el tema de la iden-

tividad nacional se convirtió en la cuestión sobre la que se organizaba la vida política moldava. Las divisiones resultantes evitaron que la elite moldava se consolidara alrededor del presidente, como habían hecho en otras partes, para evitar el regreso al poder de los comunistas. El régimen «sin alternativas» en Rusia por ejemplo, se fundó sobre el principio de excluir a los comunistas, con pleno apoyo de Occidente, que respaldó el golpe de Yeltsin de 1993 y las deshonestas elecciones de 1996. Pero el ejemplo moldavo indica que los comunistas eran capaces de aceptar las «reglas de juego» democráticas, y muestra que una victoria democrática de los comunistas no es necesariamente una catástrofe para la democracia. También en Moldavia había un fuerte factor subjetivo en la persona del sensato dirigente comunista Vladimir Voronin.

Más allá de la lógica que has dibujado, ¿qué otros factores, geopolíticos, culturales, socioeconómicos distinguen a una democracia de imitación de otra?

Hay diferencias. La democracia de imitación más viciada era la de Niyazov en Turkmenistán; la gente le besaba la mano, hay estatuas suyas de oro, era una auténtica dictadura grotesca que contenía una constitución formalmente válida con toda clase de principios democráticos. Los regímenes de Kuchma en Ucrania, Akaev en Kirguistán, y Shevardnadze en Georgia eran relativamente débiles; las sociedades también son completamente diferentes. Al igual que en la URSS, se impuso una estructura ideológica e institucional común sobre diferentes pueblos que fue modificada por sus culturas. En los tiempos postsoviéticos la lógica general de la democracia de imitación ha sido modulada en los diversos países en los que ha echado raíces.

Desde luego, los factores materiales también son importantes; los beneficios del petróleo y del gas, por ejemplo, han ayudado a la consolidación de estos regímenes. Shevardnadze y Aliev empezaron su mandato sobre bases similares: derrocamiento de un ex disidente que había llegado a la presidencia por una alianza de la antigua *nomenklatura* y de elementos semicriminales, con una antigua figura soviética como cabeza visible. Las divergencias subsiguientes de sus destinos se deben en parte al hecho de que Azerbaiyán tiene petróleo y Georgia no.

Habida cuenta de las similitudes entre los países postsoviéticos, ¿cómo explica el fracaso de la CEI en convertirse en un auténtico Estado confederado sucesor de la URSS?

La explicación se encuentra en esas similitudes. Los países árabes forman un buen ejemplo de la misma lógica: comparten lenguaje, religión e incluso existe la idea de una única nación árabe. Pero a pesar de numerosos intentos de unificación, no ha pasado nada. ¿Por qué? El poder auto-

ritario no se puede delegar, lo tienes o no lo tienes. Esta es la razón por la cual las propuestas de unión de Bielorrusia con Rusia no han llegado a ningún sitio, para Lukashenko perder el poder absoluto significaría perder el propio poder. Como mucho, la CEI ha funcionado como una cierta clase de Santa Alianza postsoviética, una unión de presidentes en contra de sus oposiciones.

Sin embargo, también hay otras razones. Dado el variado «peso» de la composición socioeconómica y demográfica de los países, es imposible establecer una forma institucional estable; cualquier unión significaría el sometimiento del resto a Rusia o, por dar la ilusión de una unión entre iguales, la explotación de Rusia por los pequeños países. Los recuerdos del pasado, del imperio ruso y de la URSS, también son un factor importante que originan en la CEI una atmósfera psicológica extremadamente insana. Recientemente hemos asistido a la guerra entre Rusia y Georgia, producto de la lucha rusa por mantener a Georgia dentro de su esfera de influencia, y que supone el apoyo ruso a las fuerzas separatistas de la región y la lucha de Georgia para integrar su territorio y escapar de la esfera rusa entrando en la OTAN. El resultado fue una derrota militar para Georgia y el consiguiente reconocimiento diplomático ruso de los enclaves de Abjasia y Osetia del Sur, que condujeron a la ruptura de relaciones con Georgia y a la retirada de esta última de la CEI.

Dices que hay una inevitable degradación de las democracias de imitación que conduce a un eventual colapso. Pero en condiciones económicas favorables y en ausencia de una oposición legal, ¿por qué un régimen de este tipo no va a ser capaz de continuar indefinidamente?

Durante mucho tiempo, sí es posible; especialmente con unos precios tan altos del petróleo y del gas. Turkmenistán tiene grandes reservas de gas, Kazajistán tiene tanto petróleo como gas. En circunstancias muy favorables incluso regímenes arcaicos como el de Arabia Saudita se pueden perpetuar a sí mismos. Pero no indefinidamente. En el caso de Rusia es simplemente imposible creer que un sistema donde el presidente nombra a su sucesor, que a su vez nombra al suyo y así sucesivamente, pueda continuar durante el resto del siglo XXI. Inevitablemente, la cadena se romperá en algún momento.

La combinación de Putin y Medvedev ¿puede traer la modificación del modelo de democracia de imitación?

Si Putin retiene el poder real y Medvedev es una figura decorativa se reducirá el significado de la sumisión de Putin a las reglas constitucionales que fijan la duración de los mandatos. Podríamos acabar en un régimen más personalizado, a la manera del clan Somoza en Nicaragua, cuyos miembros eran nombrados periódicamente presidentes. Por el contrario,

si Medvedev se convierte en una auténtica cabeza del gobierno, restringido a dos mandatos, esto alentaría el surgimiento de un sistema en el que las normas constitucionales se cumplen y en el que el poder no está personalizado. En ese caso, la situación podría recordar más al gobierno del PRI en México, donde los presidentes nombraban a sus sucesores pero la duración de los mandatos estaba estrictamente limitada. Estos dos casos que menciono son democracias de imitación, pero el primero más duro y represivo acabó mal, mientras que el segundo abandonó el escenario con pocas convulsiones. Sin embargo, la democracia de imitación rusa actual está significativamente más cerca de la democracia real de lo que lo estaba el sistema zarista o soviético; para realizar la transición, lo que se necesita es solamente que se respete la Constitución y que se celebren las polémicas elecciones que la Constitución prevé. Pero esto no puede ser el resultado de una «reforma desde arriba», requiere una batalla contra el régimen que supone la movilización de las masas como en la Revolución Naranja ucraniana.

¿Qué posibles escenarios se presentan para el desarrollo futuro de estos Estados?

A corto plazo, en los países con sistemas autoritarios las crisis políticas profundas son inevitables. Preveo «revoluciones» en Kazajistán, Tayikistán, Uzbekistán y Turkmenistán, que no se ajustarán al modelo de «color» ni necesariamente conducirán a la democracia. Pero en una perspectiva a largo plazo, estoy convencido de que la democracia triunfará en todas partes. Es un componente necesario de la modernidad. Después de todo, en la mayoría de los países occidentales el camino a la democracia también ha estado lleno de dificultades.